

# **La caja roja**

**Eva Ramón Reyero**

*Artámbula*  
*Novela*

Título: La caja roja  
Primera edición, septiembre 2017  
Segunda edición, enero 2018

© Artámbula, 2017  
© Eva Ramón Reyero

El copyright de esta novela promueve la defensa de los derechos de autor. Respetar las normas de copyright respalda la publicación y difusión de obras como esta. Si necesita reproducir fragmentos de esta obra, dirijase a Artámbula.

ISBN: 978-84-947-7050-0  
Depósito legal: M-25385-2017

Diseño y maquetación: © Artámbula  
Imprime: Estugraf

## **Primera parte**

**La siega  
Verano 1841**

Queda mucho para que amanezca. Una mujer, una silueta silenciosa baja la escalera consiguiendo que ninguno de los tablones cruja con sus pasos. Las manos entregadas a ajustar la larga trenza en su moño diario, adelantando la cabeza por la barandilla para intentar descubrir puntual el rescoldo en la cocina. Sí, ya está preparado. La criada se aparta del fuego sabiendo que lo primero que hará su ama será comprobar el guiso, siempre el mismo y para los mismos, pero es su deber no escatimar ningún ingrediente, ver que no falta nada, que no la sisan, que está en su punto de condimento. Levanta la vista hacia el pequeño vano de la pared, ni rastro aún del alba, «vamos bien» piensa, ya se levantan los hombres, sus pasos en el corredor de madera les delatan. Pronto aparecerán desde el fondo de la casa tras atravesar el patio, para recoger la cazuela de barro y buscar asiento a lo largo de la sombra del corral. Pero esos no son los que importan. Alisa el mandil con las manos y se gira bruscamente hacia la puerta, dispuesta a llamar.

—Ya estamos—protesta—. Pero... ¿dónde se mete ese demonio de cría? Bajan los hombres y no va a estar el desayuno.

Su boca ahoga un nombre al ver el impulso de una saya cruzando la puerta, la carrera levanta la falda lo suficiente para dejar ver los pies descalzos, casi sin respiración pero manteniendo en equilibrio la olla que agarra con ambas manos. Ni una gota derramada, más le vale.

—Señora, aquí estoy. No llego tarde.

—Si no te he llamado, Martina —afirma la mujer sin mentir—. Es igual. Anda, *aguanta* que ya mismo están aquí. Y ¿otra vez descalza? Como te vea el amo, ¿o no te tiene dicho que en esta casa no quiere pies desnudos? Deja la leche y ¡pon las alpargatas antes de que llegue!

—Voy.

La mujer vigila a la otra criada mientras añade leche recién ordeñada a las sopas. Al amo le gustan templadas. Se apresura, a la vez que dos figuras ya aparecen en la puerta de la cocina.

—¿Estamos?

—Sí, estamos. —Se vuelve hacia el fuego bajo, atendiendo lo suyo—. Cata, vamos, sirve ya.

—Sí ama.

Poco a poco van llegando a recoger el desayuno para, sentados o de pie volcados sobre su cazuelilla de barro, templar el estómago con el primer alimento de la jornada. El silencio precede lo duro del día. El amo y el mayoral desayunan en la cocina, los demás, recogen su tazón en la puerta y tras una señal de saludo que nunca es contestado se retiran a los soportales del patio. La pequeña ventana de la cocina hace de reloj. Puntual, rompe la luz de la calle marcando el momento, el alba se aproxima, luego ya será tarde. Hoy hay un buen camino hasta donde tienen el tajo, la siega se presenta larga, están teniendo una buena cosecha, ha sido un buen año. Gracias a Dios, tras varios años de ventas flojas, de malas primaveras, este vuelve con fuerza. Están contentos, es el tercer día de siega, queda mucho aún pero los campos están colmados, las espigas sanas y no amenaza tormenta. En la calle espera otro tajo de hombres, estos no son de la casa, braceros sin tierra que bajan de Galicia todos los veranos y recorren los campos. Del portón del corral se les unen otros hombres.

—Vais tarde re Dios. —Apenas se contaban dos pasos desde la puerta de la casa, pero Cirilo ya no está conforme—. Que lleguen antes estos gallegos que los que dormís bajo mi techo...

—Pero amo ¡estábamos preparando los animales!

—Animales, animales... ¡Guaja! —Gritó hacia la cabeza de la criada que asomaba a la puerta—. Dile al ama que hoy esperamos el almuerzo, bajo el roblón.

—Si amo.

—Que no llegue tarde y que no llegue frío.

—Si amo.

—Que...

Pero la cabecita había desaparecido evadiendo más órdenes. Fijó la vista en los gallegos y por último en los de casa.

—Marchamos. ¡Venga ligeros!

Dos mastines levantaron la cabeza, perezosos avanzaron hasta alcanzar a su amo que casi sin mover un músculo, deslizó un bocado de tocino seco para cada uno de ellos. Le seguían allá donde iba, tranquilos, vigilantes, los hombres detrás, sin atreverse a poner su paso a la par que los perros. Los que encabezaban el grupo ya carraspeando la primera jotilla de la mañana aligeraban el paso calle arriba.

«Contentos por ganarse el jornal» pensaba Cirilo y recordaba las primeras siegas al lado de su padre, también rodeado por sus mastines a los que él todavía apenas superaba en altura. Sabía que hasta que no remontaran la primera cuesta, por encima de la fragua, ya a las afueras del pueblo, su padre no chascaría la lengua para dar orden de que cargaran al niño a hombros. Sus pequeñas piernas retrasaban el paso de todos pero cada verano, Cirilo soñaba con llegar más lejos, con oír ese chasquido que le recordaba que aún era pequeño. Llegó el día que pudo avanzar al lado de los mastines, mirando de vez en cuando a su padre cara a cara, hasta llegar a sus tierras. Doce años y ya trabajaba como un hombre. A veces piensa si su padre sabría que la muerte le llamaría pronto y por eso le hizo vivir tan deprisa. Recordaba el estudio. En invierno dejaba a un lado sus tareas en casa y dedicaba unos meses a estudiar, «el saber nunca molesta» le decía su padre «y cada día es más necesario, no quiero ignorantes en mi casa». Le tocaron los inviernos más duros, más largos, quizá por eso estudió por encima de lo que esperaron de él. Llegó a bachiller pero su vida era la

hacienda, eso era lo que amaba. Y era lo que su padre, en secreto, buscaba. Su hermano mayor, Félix no estaba hecho para esto, los estudios le hicieron soñador, buscador de horizontes. Las dos hermanas pronto se casaron, nada querían saber de casas ni fincas. Con buena dote, se instalaron en la ciudad siguiendo a sus maridos en sus negocios. La mayor pronto se fue a Barcelona, nada o poco escribía. La otra vivía en León, casada con un maragato pudiente. En alguna ocasión iba a visitarla con padre, cuando iban al mercado, algún año coincidiendo con la feria de caballos de junio. A Cirilo le parecía una niña disfrazada de mujer, pero una mujer extraña, distinta a las del Valle. No miró atrás el día que salía casada de casa. El mismo día que su padre pensó de él que «solo el hijo pequeño será el que guarde para mí. Mi consuelo, y el que heredara todo por lo que tanto he luchado». Y así lo dispuso ante todos.

Han pasado años que se han hecho duros, que han empujado a los hombres fuera de sus casas. Muchos marcharon a guerras, a ciudades buscando un jornal, dejando atrás viudas, huérfanos, casas y cultivos, todo abandonado. Decían que volverían ricos, como los que están en Las Américas, como aquel fulano que volvió rico y compró hacienda y casa, o quién no conoce a ese otro que casó a su hija con un noble gallego, tal fue su fortuna. Pero el viejo Tomás, el padre de Cirilo, no podía decir eso de nadie cercano. No conoció a ningún indiano rico. Por allí no había vuelto ninguno, ni rico ni pobre. «No lo creáis» sentenciaba golpeando el dedal de orujo sobre el mostrador de madera de castaño de la pequeña cantina «Nadie vuelve. Por vergüenza o por ruina, nadie vuelve. Les engañan. Mirar mi hijo Félix, no sé nada de él desde hace más años que los que tenía cuando marchó, o qué. Que no sabría yo de mi hijo si hubiera hecho fortuna. Les engañan compadres, y aquí quedamos los viejos y las mujeres».

Los que se quedaron, los que mantuvieron la fe en su tierra, tampoco fueron años buenos. El tiempo trajo malas



cosechas y turbulencia en los precios, dejando las haciendas como si una guerra hubiera pasado por ellas. Tomás supo mantenerse trabajando muy duro, sacrificando todo por no perder ni un surco de tierra. Lo logró y aunque le costó la salud, consiguió mantener la casa, la hacienda y a su hijo menor, el único que le quedaba varón tras la marcha de Félix a Cuba. Le dolía su ausencia. Conocía la inquietud de su hijo y que le perdería cualquier día. Hablaba desde muy pequeño de otra vida, bromeando con que rechazaría su primogenitura, como se leía en la Biblia, prometiéndose rico en las indias.

Tomás quedó así viudo y solo, con dos muchachas y un niño de once años. Estuvo siete días sin pronunciar palabra. Todos los criados de la casa le huían tal era el miedo que sentían. Su ira era tan temida como su fusta, le creían capaz de cualquier locura. Enajenado, borracho, aparecía cuando menos se lo esperaban a buscar algo de ropa limpia, dejando el caballo en el corral, sin dar una orden y sabiendo que todo se cumpliría. Nadie dudó en esos días de cuáles eran sus tareas, el amo encontraba el trabajo hecho y las estancias vacías, mientras el mismo pasaba prácticamente todo el día fuera de casa, cabalgando, comprobando las cosechas, desahogando su pena en los rincones fríos de las pocas cantinas del Valle.

Una mañana volvía calle arriba con su caballo y entró al corral de prisa, como quien va a pasar de largo y en el último instante decide quedarse, el giro brusco al que obligó al caballo lo encabritó y atravesó el portón del corral jaleando la cabeza y golpeando sus cascos en la tierra. Como su dueño, el animal tenía carácter. Cirilo estaba jugando, medio escondido, persiguiendo un pavo con una vara, en su carrera para alcanzar al pavo se encontró sin querer bajo los cascos del caballo. El grito despertó a Tomás de su dolorosa ensoñación, vio la cabeza rubia y comprendió. Controló la brida y saltó del caballo gritando antes el nombre de la criada que el de su hijo. En ese mismo instante la mujer a cargo del niño cruzaba veloz el

corral, sabiendo que no llegaría a tiempo para evitar lo que solamente alcanzó a presenciar. El horror paralizó su semblante, pero no tanto como la bofetada que con el niño aún en brazos recibió de su amo.

—¿Así me sirves! ¡Fuera!, ¡fuera de mi vista! ¡Vete de aquí antes de que te mate a golpes!

Dos hombres habían aparecido desde el interior de la casa, uno controló al caballo, el otro se arriesgó a acercarse a calmar al amo, era su capataz, Isidoro, un hombre sobre el que su amo tenía absoluta confianza. Tomás estaba con la rodilla en tierra abrazando a su hijo y todavía gritando con furia, por el terror de la escena que acababa de vivir pero también por todo lo que había conseguido callar durante esos días, apretando contra su pecho al pequeño que mudo del susto no acertaba ni a llorar.

—Amo deje que le ayude. Amo, entre en la casa, deje que le ayude.

Tomás se levantó acarreado con su hijo. De pie, sus ojos claros transparentes de lágrimas, con el rostro desencajado de dolor. Se dirigió a la cocina, asegurándose de que la criada no estaría en su camino, sin duda escondida, estaría siendo consolada por las otras que compartirían su terror.

—No lo perderé. No perderé otro hijo.

De camino a la cocina Cirilo empezó a volver en sí. Estaba bien, el susto debió dejarle sin respiración, y al desmayarse salvó la vida ante la embestida del caballo. Tomás también respiró al verlo.

—No amo, ¡mire! ¡Está bien!; ha sido una desgracia que Dios no ha permitido. Deje que le ayude, vamos a darle un poco de agua. —Lo sentaron en el escaño apoyado en el pecho del padre que continuaba sosteniéndole la cabeza.

—Y mis hijas, ¿dónde están mis hijas?

—Salieron a unos recados, volverán enseguida. No se apure. —Intentó tranquilizarle el capataz—. Tome el agua. Tranquilo.

—¡Nila! ¡Nila! —Elegió bien el nombre, llamó a la más joven, la que despertó en él la ternura que necesitaba en ese momento y repitió insistente, sabiendo su miedo a la furia del amo—. ¡Nila! ¿Dónde andas guaja, *aguanta* que no tengo toda la mañana! —Apareció en la cocina una joven menuda, pálida como el azul de sus ojos, suplicante ante la orden del amo. El capataz se mostraba tranquilo y eso indicaba que no había peligro—. Pon dos vasos de vino. —Consiguí servir el vino, sin temblarle el pulso, como si se tratase de recibir cordialmente un invitado en su propia casa.

—Pero ¿qué ha pasado amo? —Miraba a Cirilo, medio adormilado todavía.

—Que casi me mata el caballo al guaje. Nila, llévatelo y que se refresque un poco, el polvo del patio le ha dejado hecho un Barrabás. Pero óyeme bien, *no sueltes* la mano. Vuelve cuando haya terminado.

—Sí amo. Vamos Cirilo, ven conmigo. —Desapareció con el niño de la mano, solo era tres años mayor que él, pero parecía una mujer. Le quería como a un hermano.

—¡Tomás! —El mayoral rara vez utilizaba el nombre de pila del patrón—. Tomás, tienes que tirar, olvida, tira por tu hijo, esto no se sostiene si tú no estás al frente, por mucho que yo haga, la hacienda va pero yo no soy padre de nadie.

Apuró un segundo vino de un trago, esperaba cualquier reacción de su amo, en esos momentos cualquier cosa podría pasar. Se veía en la calle, como acababa de ocurrir con la criada, o se veía como desde hacía días al frente de una hacienda que no era suya, que era de un amo que había perdido la cordura.

—Amo —dijo Isidoro cambiando el tono. Se creía con fuerzas para insistir—. Amo escúcheme.

Por toda respuesta Tomás empujó el vaso raspando la tabla de la mesa y rematando su posición con un golpe que derramó el vino que no había probado. Su tensión de estos días le había dejado sin energía, levantó la vista y

fijó los ojos en el rostro de aquel en que depositaba toda su confianza y en el que depositaría su vida si fuera necesario.

—No si tendrás razón. —Isidoro suspiró al oír estas palabras. Por fin entraba en razón.

—Sí amo, la tengo.

No podía negarle que tenía el valor de estar ahí, cuando todos le habían rehuido, cuando el mismo se había abandonado. Apoyó el codo sobre la mesa, en un ademán contenido de agarrar la mano de su capataz, pero frenó el gesto, alzó de nuevo sus ojos y asintió.

—Pero no sé si puedo.

—Sí puede amo, intentar sí puede.

En ese momento volvía Cirilo, con la cara fresca del agua fría, sonriendo después de haber pasado un buen susto, con una mano entre las de la joven Nila, dejándose llevar como si se tratara de un niño pequeño, masticando algo. Seguro que un dulce. Tomás sonrió, se dio cuenta de que ya era mayor, le veía ridículo agarrado a la mano de una criada, como si tuviera tres años.

—A partir de hoy vendrás conmigo. Ven Cirilo, ven aquí. Siéntate a mi lado, tienes mucho que aprender y empezaremos mañana. Isidoro y yo sabremos enseñarte. Irás con él y con su hijo, es un poco mayor que tú y se llama igual que su padre.

—Lo sé, se llama Isidoro, le veo por aquí —dijo el niño.

—Y en casa, Nila será la que esté pendiente, no quiero más sustos. Cuando yo no esté ella será la que te cuide. ¿Oíste Nila?

—Sí amo.

El capataz respiró como si le hubieran quitado una piedra de molino que le oprimiera el pecho, miró a Nila e hizo una seña para que se moviera y que no siguiera así como espantada. Ella lo comprendió pero por si aún la necesitaban para evitar de nuevo gritos y carreras permaneció en la cocina moviendo cacharros con ademán de recoger. A su lado estuvo. Cirilo recordaba el cariño que

supieron convertir años más tarde en deseo, buscándose por las estancias de la casa, a escondidas jugando juegos prohibidos para ellos. Hasta que un día Nila anunció al amo viejo que se casaba y regresaba a su aldea, valle arriba. Su marido, un buen hombre, un carpintero, recibió por ella una buena dote. Tomás, ignorante de la relación que mantenía con su hijo, quiso compensar así sus servicios. Cirilo sufrió esta marcha, y a la vez la agradeció. Era ya mucho el riesgo que corrían, seguir adelante se hacía imposible y dejarlo provocaba tal dolor que se hacía impensable.

Tomás, tranquilo con la respuesta de Nila, se levantó y con su expresión hizo que todos se pusieran en movimiento.

—Vamos, que habrá cosas que hacer. No es para estar aquí a estas horas de charla en la cocina.

No volvió a pronunciar el nombre de la criada a la que acababa de abofetear, ni jamás hizo mención alguna del incidente del caballo, tampoco dejó que nadie le recordara como vivió esos siete días, ese silencio que arrastró todo su dolor hacia el interior y allí se instaló sin querer abandonarle ni en una sola hora de las del resto de su vida. Había quedado claro cuál sería el papel de Cirilo desde ese momento, su primogénito, regresara o no Félix. Empezó a perfilar su futuro. Ese mismo año entró a estudiar latines en los frailes, bajaba hasta la pequeña comunidad de franciscanos, cruzando el río grande. En invierno se quedaba allí lo que obligara la nieve. En verano, no era raro que uno de los hermanos subiera a lomo de su borrico a echar con él una tarde, hablando, explicando, interesándose por los avances que iba haciendo. A pesar de que acababan de abrir una escuela de primeras letras, Tomás prefirió mandar, como a los demás, al pequeño con los frailes. Más adelante, gastó un buen dinero para redimirle de quintas. Eran tiempos complicados, en los que la vida de los jóvenes valía casi más para el estado que para sus familias. Pero en su caso,

era lo único que le quedaba, no podía dejar que faltara de su lado, porque necesitaba que estuviera mañana y a ser posible mejor de lo que él había sabido estar. La suscripción en la empresa de sustitutos le costó 2.000 reales que entregó en mano al comisionado de Riaño. Más que muchas tierras, pero dejó a Cirilo a su lado. El tiempo corría, cambiaba. Y ellos no se hacían idea de qué significaba una fábrica, a pesar de la gravedad que parecía tener las noticias de lo que en estas estaba ocurriendo, si los obreros destruían las máquinas, o si quemaban lo que había sido su trabajo... no era fácil de entender. Nadie quemaría su tierra quedándose sin el sustento, ni lo haría un jornalero ¿por qué lo hacían esas nuevas gentes en sus fábricas? Tomás se preguntaba si ellos tendrían que pagar los consumos, porque «por aquí» decía «aunque compremos tierras del común, ahora que las pusieron a la venta, y que poco dan al fin y al cabo, *aguantan* a cobrar nuevos consumos y no perdonan ni un trozo de pan que hubiera comido, ni la leña con que se coció». Se indignaba con lo que traían los nuevos tiempos «de locos», decía Tomás «y sobre todo que quieran quitarnos la ley, ¿qué guerra nos traerá todo esto? sin medios para vivir lo bueno ni para juzgar lo malo ¿qué especie de Gomorra se está creando».

Por eso su ansiedad era que su hijo aprendiera todo lo necesario para estos «nuevos tiempos» así continuó visitando a los franciscanos hasta los dieciocho años. Al terminar, con promesas de amistad de por vida, Cirilo recibió tres regalos que siempre conservaría: una edición de la colección de muestras de letra bastarda, un catecismo de Ripalda y el romance de San Isidro Labrador. Pocos meses después llegaron unos ingleses buscando en las montañas carbón para fraguas. Preguntaban aquí y allá, pedían ayuda a los vecinos y pagaban bien, se hacían entender y aprendían rápido el idioma, si bien no tanto las costumbres. La pequeña comunidad que formaba el Valle les miraba con curiosidad y no poca gracia. Pero se

instalaron sin trazas de querer marchar, hasta el punto de que bajo el nombre de «los ingleses» se comentaba que «no durarán, no pasarán del invierno». Como para contradecir a todos los que así pensaban, no solo se asentaron en el Valle de manera definitiva, sino que abrieron varias pequeñas minas de carbón, construyeron sus casas e incluso alguno de ellos llegó a casarse aquí. A pesar de la rareza que suponía verles llevando sus carros con sacos de carbón de aquí para allá, se acostumbraron a su presencia. Seguían siendo una rareza, y al cabo de dos años, algunos de ellos desaparecieron mientras que otros continuaban con su búsqueda de nuevos yacimientos.

## 2

Salieron, por fin, de casa. Impaciente, Cirilo echó una mirada a la ladera del camino. La mañana estaba fresca. Luego el sol les haría renegar de calor pero ahora no sobraba la chaquetilla, los chopos del camino crujían con la brisa del amanecer de verano, «buena hoja, este año el río trae bastante agua, la nieve nos va a dar un buen año». Sacó el hacha del cinturón y cortó unas cuantas varas de cada uno de los cuatro chopos que se erguían ante él. Los mastines aprovecharon para bajar al río, con la calma de quien conoce bien el destino de los pasos de su amo, mientras, dos hombres apilaron las ramas recién cortadas, atándolas con un cordel.

Cirilo ya estaba de nuevo en marcha, el hacha en su sitio.

—Se lo diré al zagal, cuando traiga el almuerzo. Estos ramones serán muy agradecidos por el pastor.

Pensaba «¿dónde estará hoy?». Miró al cielo, y apresuró la marcha pero sin echar la vista atrás, seguro de que le seguían, pronto amanecería del todo y después el sol. A su